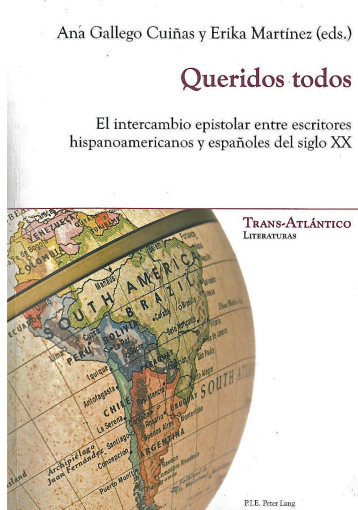


RESEÑA



QUERIDOS TODOS.

EL INTERCAMBIO EPISTOLAR ENTRE ESCRITORES HISPANOAMERICANOS Y ESPAÑOLES DEL SIGLO XX

Ana Gallego Cuiñas y Erika Martínez
(eds.)

Bruselas: Peter Lang, 2013

431 páginas

Por JANNETH ESPAÑOL CASALLAS

UNIVERSIDAD DE GRANADA

jannethster@gmail.com

“La carta” es la verdadera protagonista de este libro que nos presenta las editoras Ana Gallego C. y Erika Martínez, el cual tiene como columna vertebral el hecho de que la literatura hispanoamericana se ha nutrido y se nutre del diálogo que, traspasando océanos hace que la mirada de los corresponsales vaya y venga. Es precisamente esa nueva mirada la que indagan los investigadores que han hecho sus aportes en esta monografía, pues, partiendo de las cartas se preguntan ¿Quiénes escriben? ¿Desde y hacia dónde? ¿Cuándo? ¿Qué y cómo consignan sus letras? ¿Cuál es el devenir de su mirada? En respuesta a estas cuestiones el libro se divide en seis partes. La primera se titula “Entre América y España. Correspondencias del 27”; la segunda, “Cartas del Cono sur entre dos orillas”; la tercera, “Perú, México y Colombia: epistolarios de ida y vuelta”; la cuarta, “La carta como vínculo transatlántico entre el Caribe y Europa”; la quinta, “Un nuevo género epistolar: el correo electrónico” y, por último, “Edición de cartas y manuscritos”. Claramente, es imposible nombrar los veintisiete aportes que este estudio nos obsequia; los que cito en esta presentación son a modo ilustrativo para articular las ideas que de alguna forma son comunes a todos.

Esta compilación de estudios de cartas está hecha por académicos expertos en la crítica y la literatura hispanoamericana, de aquí la rigurosidad y la excelente bibliografía utilizada por cada uno de los

colaboradores. Por esta razón, este estudio resulta primordial para aquellos que deseen escribir e investigar alrededor de cuestiones de la literatura escrita en español. Por otra parte, el hecho de que la protagonista sea “la carta” abre la perspectiva del tipo de lectores que pueden acercarse a esta monografía no como quien se acerca simplemente a un libro de carácter rigurosamente académico sino como quien dispone su mente para conocer e interpretar, por lo menos una parte de lo que, de puño y letra, escribieron en sus correspondencias personajes imprescindibles en el mundo de la literatura hispanoamericana. Y aquí me apropio de la cita que Gallego Cuiñas hace a Jordi Gracia para decir que el lector de cartas es un “lector anfibio” que “lee con la conciencia de que esos textos pudieron ser cruciales e importantes para las vidas reales de los personajes y sin embargo no escapa a la tensión estética y ética que procura la buena literatura” (14). Los estudios transatlánticos, base de este estudio, toman un enfoque que desborda las fronteras nacionales, es decir, no ve la literatura de cada país como expresión cerrada de un lugar, sino como el resultado de un diálogo permanente que toma lenguaje como el lugar nativo de los hispanohablantes, ese lugar nativo que Ángel Valente llamó “palabra” y que Gallego Cuiñas llama “la lengua” cuando dice “puede que nuestra verdadera patria sea, además de la lengua, la infancia (14). Las letras de José Ángel Valente a Lezama Lima, dicen: “No sé si le dije que desde el año 70 no he vuelto a España. Tuve allí variopintos problemas que me han alejado de lo nativo, suponiendo que tenga uno más lugar nativo que la palabra” (41). La cita viene del estudio de Eric Bau al abordar los epistolarios cruzados entre Juan Ramón Jiménez, José Lezama Lima, María Zambrano y José Ángel Valente en los cuales nos presenta un doloroso hecho histórico que inquina a los correspondientes, el exilio. Tema común en todas las correspondencias pero, especialmente presente, en el intercambio de los intelectuales del 27. El artículo que cierra la primera parte de este trabajo es el de Miguel Ángel García en el cual utiliza la correspondencia que dirige Luis Cernuda a Gil de Biedma y lo hace de tal forma que deja al lector en el lugar del espectador pues, pareciera que asistiéramos a un recinto de clase dónde vemos a Cernuda y Biedma entrecruzando palabras alrededor de nociones como la experiencia y la poesía. Cernuda concibe el poema como algo cuyo sentido poético “no existe *apriori* sino a *posteriori*” y Gil de Biedma aclara que la poesía de la experiencia no consiste en escribir acerca de lo que a uno le ha ocurrido, entre otras cosas porque “a nadie le ocurre un poema”. Entonces el poema pertenece al orden de la realidad estética, no tiene otra realidad que la poética. (120). Esto no quiere decir — parafraseando la ideas de Erika Martínez en su discusión acerca de la correspondencia de Horacio Quiroga— que la carta o la autobiografía no esté atravesada por la vida. Quiere decir simplemente que esa realidad subjetiva se transforma en discurso sin inocencia. Toda escritura es producto de una búsqueda estética conciente, altamente elaborada y artificial (177-179).

La segunda parte de este trabajo está formado por ocho artículos basados en cartas que viajan por el Cono Sur. En el primero de ellos se nos presenta al entusiasta y excéntrico difusor del *Creacionismo*, Vicente Huidobro, poeta que visitó España en 1916 acompañado de su mujer, sus hijos y “una vaca para dar leche fresca a los niños” (127). También se registra la amistad que Huidobro cultivó con Gerardo Diego y Larrea la cual se ve reflejada en el tono de sus cartas. Ahora bien, si en la primera parte de esta monografía el *exilio* y el *leguaje poético* prevalecían en los diferentes epistolarios, podría decirse que en esta segunda parte lo hace la convivencia entre *vida* y *literatura*. Está entendida no sólo por el uso de lenguaje estético-literario que conlleva sino vista en relación a su producción y circulación mercantil. El ejemplo más claro es el artículo de Erika Martínez que aborda la correspondencia de Horacio Quiroga. Le interesa que veamos la singularidad de estas cartas de Quiroga que dejan entrever la naciente profesionalización del oficio de escritor en el primer tercio de la Argentina del siglo XX. Pasamos a ver cartas que circulan con los profesionales de la industria editorial y que versan sobre el proceso de publicación del libro, desde la edición hasta la recepción crítica. En cuanto al carácter ficcional de toda escritura Martínez nos deja clara su posición cuando dice que una carta, como toda escritura autobiográfica, es el más sofisticado de los escondites (179). Conociendo las desgracias que rodearon la vida de Horacio Quiroga —muertes de sus seres queridos, suicidios y hasta el suyo propio— Martínez nos inquieta sobre el hecho de que sus cartas no reflejen el sufrimiento padecido en momentos críticos de su vida, dándonos la idea de que hasta cierto punto sus cuentos y sobre todo sus novelas publicadas hablan más de Quiroga que su escritura privada. Ocurre lo contrario en el artículo de Carmen de Mora que en su estudio nos presenta un Cortázar más íntimo y nos motiva a acceder a las cartas como material imprescindible para conocer las ideas que están de tras de sus obras. Se agradece que nos obsequie unas citas fantásticas en las que vemos un Cortázar metaliterario, hablando de sus cuentos, novelas e ideas de textos.

Un detalle importante y común a otros epistolarios analizados en este libro radica en el hecho de que los investigadores, ante la imposibilidad de encontrar material epistolario completo, se ven obligados a trabajar con las cartas de uno de los corresponsales. En este caso las cartas de Eduardo Jonquières a Cortázar se perdieron, sin embargo, como dice Carmen Mora, es posible inferir que en su correspondencia el diálogo es acerca del mundo personal y creativo de ambos (213). Aquí cobra sentido la doble posición como remitente y destinatario que el lector de cartas debe ejercer para armar y dar sentido a éstas. Precisamente, uno de los méritos de este trabajo es el profundo proceso de interpretación que los académicos han tenido que llevar a cabo junto a la reflexión, aunque sea de forma general, acerca del trabajo narrativo que conlleva la construcción de los epistolarios.

La tercera y cuarta parte de este estudio aborda correspondencia que circula entre Perú, México, Colombia, el Caribe y Europa. Podría decirse que el fondo que sostiene los epistolarios estudiados en esta parte de la monografía es la *literatura y la amistad*. En todo caso, el binomio *vida-literatura* evidente en la mayor parte de los epistolarios estudiados en la segunda parte del trabajo caracteriza el análisis que hace Gracia Morales sobre la dualidad y conflicto en las cartas de José María Arguedas. Esta imbricación entre vida-ficción es concientemente utilizada por el autor peruano en su constante inquietud por una forma definitiva de novela la cual, dice Gracia Morales, toma cuerpo en la obra *El zorro de arriba y el zorro de abajo*, libro que entrelaza autobiografía y ficción y en el que Arguedas encaja varios diarios íntimos entre los diferentes capítulos (257). En su correspondencia Arguedas escribe a su colega, el también antropólogo John Murra, acerca de esa intención testimonial de su narrativa, de su necesidad de representar la conflictiva diversidad del Perú, lo indio, mestizo y la gente desarraigada. Su esfuerzo además de ser la configuración de las historias que va a contar, se centra en la permanente búsqueda por encontrar la forma discursiva adecuada ya que sus lectores (de cartas y novelas) desconocen la cultura quechua (259). Aunque la amistad está presente en las cartas de Arguedas, hay correspondencia como la que aborda Paul Henri Giraud al estudiar las cartas de Octavio Paz a Pere Gimferrer en las cuales la correspondencia es desde un principio “la cara o el rostro” de los correspondientes. Estos dos escritores se conocen por cartas y es precisamente, la circulación de sus palabras las que afianzan su amistad que tiene como fondo el nutrirse de una crítica profesional y afectuosa, una necesidad que ambos tienen como poetas en la búsqueda de entablar un “diálogo verdadero” (273). Otro lazo de amistad que se entretejió gracias a las cartas fue el de los dos premios Nobel García Márquez y Vargas Llosa, donde la correspondencia jugó un papel primordial pues, no se conocían personalmente sino por la sola fisonomía de sus escritos. En este estudio Gallego Cuiñas nos presenta la carta como un laboratorio de escritura, como un recinto de proyectos entre los cuales el más interesante es la propuesta de escribir una novela a cuatro manos y el hecho de que García Márquez traza los núcleos medulares de su novela *El Otoño del Patriarca*. Finalmente, las dos últimas partes de este trabajo podrían caracterizarse con ese papel que puede jugar la carta como *laboratorio de escritura y de proyectos*. El trabajo de Fatiha Idmhand — último artículo de esta monografía— versa alrededor de la correspondencia de José Mora Guarnido, quién parte de Granada (España) hacía Montevideo donde pasará sus últimos días. En este estudio la carta es recinto de discusión política y tertulias en las que se proyectan ideas políticas en la conflictiva época de los años treinta. El papel de la carta como difusor cultural es aquí fundamental más si se tiene en cuenta que gracias al intercambio de Mora Guarnido con sus amigos de Granada y Madrid es que avanza la difusión de la obra de Lorca en América.

En general, la lectura de todos los artículos de este libro siembra la reflexión sobre la concurrencia de la carta con la literatura. Estamos ante cartas que recuperan un pasado, un mundo que fue posible entre destinador y destinatario en el cual se habló de exilio, amistad, vida, literatura y de proyectos comunes. Es ese mundo el que este estudio se encarga de abrir ante nuestros ojos, un tiempo *otro* ficticio que resulta posible abordar. Este libro contiene implícitamente una invitación a continuar con el discernimiento sobre el estudio de las cartas como género literario, a abordar la reflexión del uso del correo electrónico como configurador de un espacio narrativo mediatizado por la tecnología y, a emprender con profundidad el estudio de la literatura hispanoamericana pues, la obra literaria como una carta traspasa las fronteras nacionales, entrelaza diálogos, se hibrida y, ante todo tiene como base el lenguaje, que es, valga repetirlo, nuestra verdadera patria.